

MIRET MAGDALENA

¿A DONDE VAS, ESPAÑA? (III)

El espectáculo de la Alemania de hoy, ejemplo de la sociedad super-capitalista, es el retrato anticipado y posible de cualquier otro país en vías de desarrollo como el nuestro. Si no somos conscientes, si no nos educamos para otras metas, todo lo que brilla —aunque sea oropel, como es el caso del orden germano— será mañana nuestra historia.

Hemos visto el desarrollo alemán, sin verdadera civilización humana, en su organización socio-económica; como lo hemos visto también en el erotismo o en el funcionarismo religioso.

Y a la vista de este último, debemos preguntarnos: ¿hasta qué punto el «magismo» religioso ha calado en nuestra española estructura religiosa? Esos funcionarios, descendientes del «mago de aldea», ¿han impregnado también nuestra religiosidad, nuestro catolicismo?

Tema digno de seria reflexión para todos mis lectores. Porque no cabe la menor duda que gran parte de la juventud —estudiante y obrera— se aleja de nuestra religión, del catolicismo que hasta ahora habíamos vivido, y se aleja cada vez más. El proceso de descristianización y de incredulidad aumenta a pasos agigantados, síntoma de esos factores negativos que vemos en otros catolicismos.

Muchas veces me he hecho una segunda pregunta también: ¿cuál es el tipo de incredulidad que está manifestándose en estos países de fuerte influencia cristiana? ¿Es una pura y radical incredulidad? O en muchos casos —no todos, naturalmente—, ¿se está dando también una reacción ante la «Iglesia increíble», la Iglesia que denunciaba Harvey Cox, y que es la única que muchos han visto en estos países como el alemán, o como cualquier otro de los que han tenido fuerte influencia de costumbres aparentemente cristianas, pero en realidad poco coherentes con un auténtico Evangelio?

No nos olvidemos que, lo mismo Juan XXIII en su encíclica *Pacem in Terris*, que otro gran pensador del siglo XIX en sus *Comentarios sobre la emigración*, se escandalizaban de los cristianos honrados. De estos hombres de buena fe y estrechas obras que dan un constante contratestimonio del Evangelio, y pueden explicar, al menos en parte, la actitud anti-religiosa de tantos transformadores de la sociedad. Chernishevski —siguiendo en esto la más pura tradición católica, representada por el realista Santo Tomás— recordaba que «la sola honradez es poca para ser justo y útil; es también necesario ser consecuente en las ideas». (N. G. Chernishevski, «La política de 1859»). Las buenas intenciones no bastan. Tenemos necesidad no de bonachones cristianos bienintencionados, sino de hombres convencidos de los valores que descubrió el Evangelio (la dignidad humana radical; el sentido de cooperación como base de la organización social; la lucha contra toda suerte de opresión; el sentido social anti-individualista), y que los lleven valientemente a cabo de acuerdo con sus convicciones. Hombres que realicen sus ideas es lo que hace falta, y desgraciadamente —tanto en Alemania como en casi todo Occidente— hay escasez de hombres así. Por eso nuestra masa occidental es una masa con esa aparente libertad que se vive en la ficción liberal, pero sin el goce fuerte de la liberación individual y social profundas.

Ahondando más en la incredulidad real que vemos en la calle, observamos dos actitudes en Occidente que deben llamarnos la atención: la primera corresponde al primitivo «animismo» religioso, presentado hoy con nuevo estuche totalmente modernizado, y la segunda es el descubrimiento —más o menos vacilante— de un nuevo sentido religioso. En Alemania pude comprobarlo en dos ejemplos vivientes, que servirán para expresar gráficamente mis experiencias.

Estudiemos hoy el primero.

Conoci a una secretaria de veintiséis años. Muchacha atractiva, moderna, trabajadora y eficiente. Estaba en la Delegación regional de una importante fábrica de suelos plásticos. Había pasado por muy diversas vicisitudes, desde su estancia varios

años en Alemania oriental, con sus problemas familiares, hasta su ausencia de fe y práctica religiosa.

Sin embargo, hula del vacío espiritual en que nuestra carencia de humana civilización envuelve a muchos —principalmente mujeres—, porque el amor intercambiable que hoy es la tónica europea, la esclavitud dorada del trabajador capitalista, la superficialidad del bienestar, producida por el solo consumo material, son taras —y no avances— que lleva a cuevas nuestro achatado desarrollo occidental. Y se había refugiado en ese *cosmogonismo* poético-religioso, caricatura de Teilhard de Chardin, que más que ciencia —como pensamos cada vez más cristianos— es atractiva teología de ciencia-ficción.

Su preocupación era impregnar de religión —de religión renovada— el mundo de las ciencias naturales. Lo que corresponde hoy —seamos brutalmente sinceros— al «animismo» de los griegos o de aquellos pueblos primitivos que tenían fuerte veta poético-religiosa. Todo lo veían lleno de dioses: las cosechas, la primavera, las fuentes, la caza y los cielos. Dioses amables que ayudaban a hacer agradable la vida, y a los que había que tener propicio para que, con su dinamismo placentero, impulsasen a los hombres a vivir disfrutando de las cosas buenas que la vida natural puede proporcionar, sin ninguna inquietud por la reforma social. Hoy, que eso ya no puede sostenerse —la ciencia se encargó de derrocar esta postura religiosa—, vuelve a surgir esa poética religiosidad en una síntesis cósmico-natural de tipo evolucionista impregnada de esa vaga religiosidad que lo acaricia todo, haciendo de Dios un nuevo demiurgo, vestido de ingeniero —de altísimo ingeniero— allí donde el anterior era sólo —como lo describió popularmente el Génesis— un alfarero, por muy poderoso que se le suponga. Pero este dios falso —deducido del orden cósmico— no es el Dios Amor del cristianismo; ese dios falaz, que atrae a estos hombres y mujeres que quieren volver de su incredulidad por caminos falsamente tentadores, es «el arquitecto e ingeniero en reposo, que desarrolla y encubre nuestra ignorancia y nuestra impotencia, incluso el que garantiza hoy el orden establecido, el "statu quo"..., que hace pacientes a los pobres e impide la transformación social» (Cardenal Suenens, revista *ROCCA*, año 1968).

No podemos, en una falsa apologética, valernos de estos nuevos «trucos» para atraer a nadie a la creencia. Porque «este Dios —cualquiera que sea el atractivo disfraz que adopte— debe morir para que el mundo viva» (Cardenal Suenens, o. c.).

La salvación de los valores cristianos, que el Evangelio descubrió hace veinte siglos, sin que —confesémoslo con rubor— hayan influido decisivamente hasta ahora en la marcha de la humanidad, no puede venir de nuevos romanticismos científico-religiosos, sino del dinamismo transformador del mundo, que sea sobriamente religioso, como propugna el teólogo Karl Rahner, S. J. Por eso el Papa —en una de esas situaciones que sorprenden— acaba de afirmar: «Hay que ser leales y decir que estamos de acuerdo, en parte, ante la contestación religiosa de los no-creyentes». Y la razón es que el verdadero creyente tiene esa fuerte dosis de increencia que le lleva a decir: «Somos partidarios de la protesta, pues queremos arrancar la idea de Dios de la degradación en que ha caído en muchos hombres de nuestra época..., hay que desprenderla de las imágenes falseadas, supersticiosas e idolátricas que se encuentran todavía frecuentemente en la vida moderna» (Pablo VI, 27 marzo 1969).

Sin duda, una «metanoia» —como pide el Evangelio—, una radical transformación de nuestra actitud es absolutamente necesaria para no caer en nuevos sustitutos de la realidad, apagando nuestros alientos de transformación de la sociedad con falsos sistemas religioso-cósmicos que confían todo —o casi todo— a la ciega evolución de la naturaleza y de la historia, dejando sin acicate verdaderamente social al hombre, y sólo contentándole falsamente con la lucha competitiva de orden individualista, que es lo que desarrolla el capitalismo en Alemania y en cualquier otro país en que se instaura.